



Ciudad educadora en libertad y ciudadanía

RESUMEN:

El presente artículo pretende aportar una reflexión sobre la educación en valores entendidos estos como el núcleo base de una cultura, y sobre **el rol que la ciudad ejerce en esta transmisión** cultural que es la educación. La reflexión se enfoca a descubrir las especificidades educadoras del entorno urbano a la hora de generar ciudadanía y buena convivencia.

El artículo sirve también de marco para una mejor comprensión de la lógica de los seminarios “Ciudad Educadora y Gobernanza Local” realizados a modo de prueba piloto en 2008-09 en varias ciudades a propuesta de la AICE, con el objetivo de descubrir la profunda **carga educativa difusa e implícita en el uso y la gestión de todo espacio público urbano.**

CONTENIDO:

1.- EDUCACIÓN, CULTURA Y VALORES.	2
2.- ENTORNOS EDUCADORES.	6
3.- EDUCACIÓN EN LIBERTAD Y CIUDADANÍA.	8
4.- EL CASO DE LOS MEDIOS AUDIOVISUALES.	9
5.- LA CIUDAD.	11

Josep Centelles i Portella
Itapuã, junio 2010.

1.- Educación, cultura y valores.

Educar es mucho más que enseñar.

Enseñar es transmitir conocimientos, “el encargado de planta le enseñó a utilizar la prensa hidráulica”, “la profesora les enseña gramática”. Educar es una cosa mucho más profunda. La educación atañe al desarrollo y perfeccionamiento de las facultades intelectuales y morales de los humanos. Educar consiste en despertar las potencialidades creativas de las personas, en ayudarlas a dotarse de capacidades propias y a que desarrollen su propio yo. **La educación moldea el comportamiento de cada persona frente a los demás**¹. La educación nos inserta en una **cultura**. De hecho, es la educación lo que construye una cultura en el sentido amplio de comportamientos sociales. La educación tiene más que ver con los **valores** que con la estricta acumulación de conocimientos y saberes.

Para reflexionar un poco sobre la educación de los valores y la transmisión de la cultura nos apoyaremos en algunos conceptos elaborados por Geert Hofstede² que usa el símil de un computador para explicarse. Desde su perspectiva, cada persona lleva dentro de sí una “programación mental” conformada en modelos de pensamiento, sentimiento y actuación que ha adquirido a lo largo de su vida.

Naturaleza humana y personalidad.

Hofstede hace distinción entre la naturaleza humana y la personalidad de cada individuo. La **naturaleza humana** es lo que todos los seres humanos tenemos en común, representa el nivel universal del software mental de cada persona. Se hereda con los genes. Siguiendo el símil del ordenador, viene a ser el “sistema operativo” que determina el funcionamiento físico y psicológico básico. La capacidad humana de sentir miedo, rabia, amor, alegría, tristeza..., la necesidad de asociarse con otros, de jugar y ejercitarse, la facultad de observar el entorno y hablar de él con otros, etc., pertenecen a este nivel de programación mental. Sin embargo, lo que la gente hace con estos sentimientos, necesidades y capacidades, es decir, cómo expresamos el miedo, la alegría, cómo satisfacemos tales necesidades o cómo utilizamos estas capacidades, etc., está profundamente modificado por la cultura. De este modo, la **personalidad de un individuo** es un conjunto exclusivo de programas mentales derivados de sus experiencias vitales, que no comparte con ningún otro ser humano. Se basa en rasgos en parte heredados genéticamente (paquete genético exclusivo de cada individuo) y en parte adquiridos a lo largo del proceso educativo. La parte adquirida viene condicionada por un lado, por la programación colectiva (cultura) y por el otro, por las experiencias personales vividas y únicas de cada individuo³.

¹ También la moldea frente al medio natural, pero en esta reflexión nos limitaremos a las relaciones entre humanos.

² Varios de los siguientes párrafos están inspirados o extraídos del libro “**Culturas y Organizaciones – La cooperación internacional y su importancia para la supervivencia**” de Geert Hofstede (profesor de antropología organizativa de la Universidad de Limburg, Maastricht), publicado en español por Alianza Editorial, Barcelona (1999).

³ Históricamente el papel de la herencia genética ha sido exagerado en algunas teorías sobre la raza y algunas de estas exageraciones fueron las que nutrieron de combustible ideológico a las aberraciones nazis.

Cultura.

La parte no heredada de la personalidad de un individuo proviene de este software mental colectivo que denominamos **cultura**. El término cultura es usado en varias acepciones. Una de ellas hace referencia a la acumulación estructurada de conocimientos, ciencia, arte, literatura, etc., ya sea por un grupo humano (patrimonio cultural), ya sea como atributo individual (“fulano de tal es muy culto”). Pero en sentido amplio o antropológico, se trata de los modelos compartidos de pensamiento, sentimiento y actuación. Desde esta perspectiva, cultura abarca también de forma nada despreciable la mayoría de hábitos relacionales de nuestra vida ordinaria: formas de saludar, de comer, de manifestar o no los sentimientos, o de hacerlo de distintas maneras, el mantener mayor o menor distancia física con los demás, o distintas expresiones de la higiene corporal o comunitaria. Cultura, en sentido amplio, es un fenómeno colectivo inevitablemente compartido, al menos parcialmente, por las personas que viven o han vivido dentro del mismo entorno social en el cual la han adquirido a lo largo de un variado proceso educativo. La cultura se adquiere, no se hereda. Procede del entorno social, no de los genes. La cultura nos suministra las pautas de inter-acción con nuestros congéneres. En resumen, se puede decir que **una cultura es un espacio (relacional) de valores compartidos**.

Valores.

Una cultura se manifiesta en unas **prácticas**, expresadas en base a rituales, héroes y símbolos, que se sustentan sobre un núcleo común formado por los valores. Los **valores** son tendencias amplias a preferir ciertos estados de cosas a otros. Los valores son vectores con polaridad, es decir, con un lado positivo y otro negativo. Tienen que ver con: lo *malo* y lo *bueno*; lo *sucio* y lo *limpio*; lo *feo* y lo *hermoso*, lo *justo* y lo *injusto*; la *lealtad* y la *traición*; lo *digno* y lo *indigno*; lo *lógico* y lo *paradójico*; lo *sagrado* y lo *profano*; etc. Así, cuando afirmamos que alguien tiene una “escala de valores” distinta a la nuestra, connotamos que su guía de actuación, los criterios con los que tomará decisiones relacionales, es distinta de la nuestra, por lo que probablemente actuará de modo diferente a cómo lo haríamos nosotros⁴.

Joan Manuel del Pozo agrupa los valores en paquetes más o menos homogéneos⁵. Un primer grupo se trataría de valores del ámbito **teorético** o relacionados con el conocimiento (iniciativa, curiosidad, flexibilidad, paciencia, humor, ...), un segundo grupo incluiría valores **éticos** sobre los que pivota la dignidad humana (autoestima, respeto a los demás, tolerancia, vergüenza, disciplina, ambición, ...), en tercer lugar los de carácter **social** o más directamente relacionales (justicia, honradez, generosidad, amabilidad, humildad, valentía, ...), en un cuarto grupo incluiría los de carácter **estético** (belleza,

⁴ Nótese que la aproximación a los comportamientos humanos desde la perspectiva individual o personal nos conduce a la teoría de valores (axiología), mientras que el mismo análisis desde una aproximación política o comunitaria nos conduciría a hablar de “instituciones informales” como hace normalmente este autor en otras publicaciones. Ambas aproximaciones no son en absoluto contradictorias, sino que llegan a las mismas conclusiones aunque colocando el énfasis en aspectos distintos. Para los neo-institucionalistas como Joan Prats “*Las instituciones son las reglas del juego formales e informales que pautan la interacción entre los individuos y las organizaciones, son el marco de constricciones e incentivos en el que se produce la interacción social. Hay instituciones formales e informales: las formales se confunden con las reglas del juego legal o socialmente proclamadas y explicitadas; las informales con las reglas efectivamente interiorizadas y vividas por cada comunidad*”. Ciertamente, la distancia entre instituciones informales y valores, no es muy grande.

⁵ Joan Manuel del Pozo, conferencia sobre “Educación en valores estéticos”. Quito, julio 2008.

armonía, elegancia, ...), es decir, los que pivotan alrededor de la sensibilidad humana afectando las percepciones sensoriales de belleza, agradabilidad y placer⁶.

La libertad como meta-valor.

Por encima de esta agrupación, del Pozo coloca la **libertad** como un “meta-valor”. Ello es plenamente lógico en la medida en que sólo tiene sentido hablar de valores desde una concepción del ser humano dotado de libertad. Si no hay libertad, carece de sentido especular sobre posibilidad de que los valores condicionen o incidan en el comportamiento humano. Sin libertad deja de tener sentido hablar de valores. Lo que hace humanos a los humanos es la capacidad de ejercer la libertad, discerniendo el bien del mal, lo que les interesa o no les interesa, lo que les conviene o no les conviene; es en este discernimiento dónde, genérica e inconscientemente, entran en juego los valores.

Libertad y responsabilidad.

La libertad es lo que hace al ser humano **responsable** de sus comportamientos. Una decisión tomada en libertad implica responsabilidad de asumir las consecuencias de la misma. Seguramente es a partir de esta responsabilidad que no todas las personas tienen la misma propensión o deseos de libertad. Fromm escrutó bien el “miedo a la libertad”, que en cierta forma puede interpretarse también como el “miedo a la responsabilidad”. A pesar de ello se puede afirmar que ser más libre o sentirse más libre es un anhelo general del ser humano.

Los límites de la libertad.

Sin embargo, nadie es totalmente libre. La libertad tiene límites, unos límites impuestos por la sociedad y las normas de convivencia. La educación tiene algo que ver con estos límites. Sobre todo, tiene que ver con una incorporación “cómoda” de estos límites a nuestros comportamientos. Podemos ilustrarlo con un ejemplo: hace unas décadas el uso del cinturón de seguridad al conducir un automóvil sólo era recomendado, no era obligatorio; más tarde fue obligatorio y hubo resistencias diversas a su uso; en la actualidad, la ciudadanía europea se ha “educado” de forma que cualquier persona al sentarse al volante, sin planteárselo, de una forma totalmente automática, se coloca el cinturón con total naturalidad; a nadie se le ocurre circular sin cinturón, como a nadie se le ocurre circular con la puerta abierta. La obligación del uso del cinturón es, objetivamente, un límite a la libertad de actuación, pero ya nadie lo percibe como tal, se trata de un límite incorporado con “naturalidad” a nuestro software mental. Obviamente los valores no son simples hábitos, pero tienen en común con ellos que casi siempre actúan de forma inconsciente. Y también que conscientemente los podemos vulnerar. Es decir, la gente puede actuar y actúa contra sus hábitos y valores, contra su programación mental, pero cuando lo hace, es consciente de ello. Dicho de otra forma, la educación no garantiza la bondad o el comportamiento correcto, lo que sí garantiza es que la persona será consciente de su “maldad” o de su incorrecto comportamiento.

⁶ Sin duda la educación condiciona incluso las percepciones fisiológicas, así resulta obvio que lo *sabroso* o lo *desagradable al paladar* pueden variar mucho de cultura a cultura. Por ejemplo, mientras que un sabor picante resulta sabroso para un mexicano, puede resultar muy desagradable para una buena parte de europeos. Resulta simpático ver como los niños mexicanos desde muy pequeños aprenden a saborear con deleite, y no sin abundantes muecas, caramelos con chile o pimienta.

Diversidad cultural.

Ahora bien, lo correcto o incorrecto varía de cultura a cultura. Cuando una persona “educada” en un país sin obligación efectiva de usar el cinto de seguridad (y por lo tanto sin el hábito de abrochárselo), conduce por Europa sin cinturón, no es consciente de que está actuando incorrectamente. Esta falta de consciencia es debida a que no comparte hábitos y valores del país o ciudad a dónde ha llegado. Es en este sentido que decimos que una cultura es “un espacio de valores compartidos”. La mixtura de gentes procedentes de entornos muy distintos inherente a la mayor movilidad de la globalización, hace que estas fricciones culturales sean más evidentes y por lo tanto se realza todavía más la importancia de la educación para una buena convivencia.

Globalización uniformizante.

Hoy ya sabemos que aquel paquete de valores que se creía universal (etnocentrismo?) prácticamente no existe, si no que, como dice Joan Corbella⁷, el “pluralismo moral” se ha instalado en nuestras sociedades. Sin embargo hay un valor que parece que cada vez gana más terreno, se trata del dinero. El dinero, además de ser un instrumento de medir “valores económicos”, pronto fue también un valor en sí mismo. De facto, el dinero, o el ganar dinero, es el primer valor del capitalismo. Es la medida del éxito y del prestigio social en las sociedades capitalistas. En la globalización económica que inexorablemente nos envuelve, el dinero está ganando posiciones como el valor más deseable, se está universalizando en detrimento de otros valores no materiales. El frecuente lamento de “se están perdiendo los valores”, en la mayoría de los casos no es más que la constatación de que los valores materialistas están ganando posiciones frente a los éticos y sociales.

La “buena educación”.

En resumen, se puede decir que lo esencial de la educación, sin menoscabo del aprendizaje de contenidos, es la educación en valores. Estos valores serán los que condicionarán nuestro comportamiento respecto a los demás. Desde esta perspectiva no tendría nada de malo sacar del baúl aquella vieja expresión “la buena educación” que se refería a cómo comportarse con las demás personas, a cómo respetarlas. Claro que en la actualidad la connotación de la palabra “respeto” ya no es de sumisión o reverencia hacia determinadas personas (los mayores o las jerarquías) sino que es un respeto de ciudadanía, un respeto de consideración al otro, sea quien sea, que es diferente de nosotros mismos. Cabe insistir, con la buena educación no se garantiza un “buen” comportamiento, lo único que se garantiza es que la gente interiorice lo que es un “mal” comportamiento en una cultura determinada.

Presión social y arrepentimiento

Recopilando podemos decir que nos educamos cuando inconscientemente adquirimos códigos y pautas de comportamiento social (ciudadano) que continuamente nos entran y que al mismo tiempo continuamente los transmitimos a los demás. En la medida que somos libres es evidente que podemos vulnerar estos códigos. Y cuando los vulneramos somos conscientes de ello. Pero si los tenemos incorporados, es decir, estamos “bien educados”, tenemos la mayor parte del trabajo hecho, sólo habrá una pequeña minoría que deliberadamente vulnere estos códigos de buen comportamiento. Se tratará de los

⁷ Joan Corbella, “Educar amb Valors”; Editorial Columna, Barcelona 2007.

antisociales, contra los cuales sólo cabe la acción de la policía. Lo interesante es que “por defecto” se actúe correctamente. Lo interesante es que cuando cometamos alguna de estas vulneraciones, por ejemplo, tirar un papel al suelo, estacionar en doble fila o cosas similares, tengamos remordimientos, seamos conscientes de que actuamos incívicamente. Desde esta perspectiva fomentar la “presión social”, como defendieron Antanas Moçkus y Sergio Fajardo⁸ en sus mandatos municipales, parece una buena política para mejorar el civismo en la ciudad. Sin necesidad de convertir cada ciudadano en el policía de los demás, sí que es interesante fomentar gestos educativos dirigidos a quienes parecen desconocer los códigos de comportamiento deseado.

2.- Entornos educadores.

El origen de nuestros programas mentales está en los entornos sociales en los que hemos crecido y acumulado nuestras experiencias vitales, está en los entornos sociales que inconscientemente nos han transmitido valores que en su conjunto modelan nuestro comportamiento. Esta programación (educación) empieza en la familia y su entorno inmediato; continúa en el barrio, la escuela, los grupos juveniles, el trabajo y la comunidad en que vivimos y de la que nos sentimos partícipes. A partir de mediados del siglo XX los medios audiovisuales, cine, radio, televisión y, finalmente internet y todo el instrumental digital de comunicación actual, adquieren también un destacado rol en esta transmisión de valores que, en términos laxos, calificamos de programación mental.

Los comportamientos y reacciones de una persona serán probables y comprensibles en función de su pasado y de sus vivencias educacionales. Estos programas mentales difieren tanto entre sí como los entornos sociales (y virtuales) en los que se han adquirido.

La importancia educativa del entorno se pone de manifiesto en las biografías donde casi siempre encontramos frases de este estilo:

- ... su madre lo había traído al mundo en una barca pesquera y se **educó** en el mar.
- ... se **educó** en la cultura del whiskey escocés y de la cerveza irlandesa pero...
- ... Juan Sebastián Bach se **educó** en un medio familiar musical extraordinario...
- ... se **educó** en el seno de la vieja oligarquía limeña y cursó estudios primarios ...
- ... de familia obrera, se **educó** en los movimientos sociales y juveniles berlineses izquierdistas ...
- ... aunque se **educó** en un ambiente claramente judío, su fe era más bien superficial.
- ... Hillary Clinton es una cristiana metodista **educada** en algunos de los centros más prestigiosos del país, como la Universidad de Yale ...
- ... hijo de un inmigrante negro africano y de una mujer blanca de Kansas, Barack Obama se **educó** en Hawái y pasó una temporada larga en Indonesia, donde **vivió la experiencia** de un país subdesarrollado y musulmán...

Vivir la experiencia de un entorno, de una ciudad, de un país, conforma en gran manera los valores y los comportamientos sociales, es por ello que nos resulta tan interesante saber en que entorno se han educado nuestros héroes o líderes.

⁸ Antanas Moçkus y Sergio Fajardo fueron alcaldes de Bogotá y de Medellín respectivamente. Ambos colocaron la educación ciudadana y la mejora de la convivencia como ejes centrales de su lógica de actuación pública y recogieron evidentes y reconocidos éxitos en este campo.

La transmisión de valores es inconsciente.

La transmisión de valores pocas veces se hace conscientemente⁹ por parte del entorno social transmisor. Igualmente, la captación y adopción de valores por las personas se hace de forma inconsciente, de manera implícita y, muy a menudo, se hace por vía emocional, casi nunca por la intelectual. Es por ello que los valores no se transmiten mediante la retórica y las explicaciones, los valores se captan por ósmosis, por convivencia, por el ejemplo que nos dan nuestros referentes, nuestros héroes (madres y padres en primer lugar). Como dice Subirats¹⁰, *“todos educamos, y lo hacemos más con nuestro ruido (con nuestra actitud, con nuestros actos), que con nuestras palabras”*.

Educar / enseñar.

Después de constatar que la educación en valores se adquiere por vía inconsciente, podríamos regresar a la dicotomía “educar / enseñar” que planteábamos al principio y aprovechar la diferencia de campos semánticos de ambas palabras para entendernos mejor. En este sentido, podríamos reservar la palabra enseñanza (y su correspondiente aprendizaje) para los procesos que se dan por la vía consciente. La enseñanza exige un maestro, con voluntad y consciencia de enseñar, y un alumno, con voluntad y consciencia de aprender. Al tiempo que podríamos reservar la palabra educación para los procesos de transmisión inconscientes. Aquí llegados, aunque parezca paradójico, podemos afirmar que un “buen educador” debe tener consciencia de que esencialmente está transmitiendo valores (educando) con sus actitudes y sus comportamientos cotidianos. Por ello, una vez hayamos visto que “la ciudad es siempre educadora”, será decisivo que los responsables de su gobierno tomen plena consciencia de su función educadora.

Infancia.

La mayor adquisición de valores se da en la infancia, de forma que es ampliamente aceptado que al inicio de la pubertad se tiene ya el sistema básico de valores firmemente establecido y que después de esta edad resulta, aunque no imposible, sí más complicado alterarlo o moldearlo. Seguramente, como bien dijera Enrique Vila-Matas *“nuestra enmarañada vida mental no se aleja nunca del barrio de la infancia”*. Al haber sido adquiridos en edades tan tempranas, muchos valores permanecen inconscientes para quienes los detentan.

Entornos educadores.

Esquematizando se puede decir que son cuatro los entornos que nos educan en valores: la familia, la escuela (y más tarde el trabajo), los medios audiovisuales y el medio social próximo, es decir, el barrio o la ciudad. La **familia** educa mucho (para bien y para mal) y enseña relativamente pocos contenidos. En la **escuela** se enseñan (y se aprenden) muchos contenidos, y siempre reclamamos que debería educar mucho más en comportamientos. Los **medios audiovisuales** enseñan o pueden enseñar contenidos, pero al mismo tiempo, especialmente la televisión, son grandes transmisores de valores

⁹ La propaganda ideológica, que se difunde a través de ritos, héroes y símbolos, y que en la actualidad utiliza mayoritariamente la televisión, sí es una transmisión o fortalecimiento consciente de valores.

¹⁰ Joan Subirats, “Gobernanza y educación”, en Educación y vida urbana: 20 años de Ciudades Educadoras”; Editorial Santillana, Barcelona 2008.

de comportamiento. Finalmente, **la ciudad**, el entorno social y real próximo, puede que enseñe pocos contenidos, pero educa mucho. Sobre todo, al igual que los medios audiovisuales, educa continuamente en el tiempo y en el espacio, más allá de la familia, de la escuela y del trabajo. La comunidad urbana a través de las prácticas e interacciones sociales repletas de reglas, ritos y símbolos, educa (o *deseduca*) transmitiendo a sus miembros una **gama de valores específicos** en buena parte **distintos** de los que pueden transmitir la familia, la escuela o los media.

3.- Educación en libertad y ciudadanía.

Posiblemente la mayor especificidad educadora del entorno urbano deriva de su inherente imprevisibilidad y de los estímulos que ofrece a la innovación y al cambio. Ello deriva del hecho de que **la ciudad es el entorno que más libertad ofrece al individuo.**

Familia, escuela y trabajo son espacios reglados por excelencia. Se trata de espacios controlados, con bajo nivel de incertidumbre para la persona que se está educando, mientras que la ciudad y los medios audiovisuales son espacios abiertos, diversos y muy imprevisibles. Observaremos sin embargo que la incertidumbre de los medios audiovisuales es sólo de carácter **virtual**, con lo que resulta que la ciudad será el único medio educador **real** de baja previsibilidad. Resulta interesante reflexionar sobre el nivel de incertidumbre y/o previsibilidad de los entornos educadores.

Entornos de baja incertidumbre.

Por lo que respecta al entorno familiar, independientemente del tipo de familia y de su "calidad" social, no cabe duda de que se trata mayoritariamente de un entorno reglado y previsible. Puede que la previsibilidad sea desagradable o desafortunada para las personas que la experimentan, pongamos por caso, un grupo familiar desarticulado donde domine el desarraigo, la drogodependencia o la violencia doméstica; aun así, lo más frecuente es que se dé una rutina de alta previsibilidad, en este caso dolorosa, en el funcionamiento cotidiano o semanal de la convivencia familiar. Ello continúa siendo así en los modelos no ortodoxos de familia (padres separados, núcleos uniparentales, homosexuales, entornos comunitarios, etc.), pues casi siempre existen unas pautas regulares de comportamiento y de relación intra-familiar con un bajo nivel de incertidumbre para la persona que las vive. Cualquiera que sea el entorno familiar, un/a adolescente sabe con cierta probabilidad lo que hará o dejará de hacer el próximo fin de semana, mantiene un determinado horario de actividades cotidianas y tanto las alegrías como las disputas familiares, sólo le resultarán sorprendentes, de tarde en tarde, cuando acontece algún accidente o algo excepcional.

La regulación y previsibilidad de la escuela (y más tarde del entorno laboral) están fuera de debate. Nada es, ni se desea más previsible que la programación escolar en forma de materias, horarios, actividades y modalidades de relación entre estudiantes o entre estudiante y profesorado.

Entornos “conservadores”.

Estos entornos eficazmente regulados y altamente previsibles educan a las personas en la seguridad (real o ficticia) moldeando y adaptando su comportamiento a las normas establecidas, incentivando una aceptación del orden establecido y desincentivando cualquier trasgresión. Tales entornos de baja incertidumbre pueden incentivar algunos tipos de creatividad, pero siempre dentro de unos cánones establecidos y aceptados; difícilmente incentivan una radical innovación / creación y, desde luego, desincentivan en todo lo que pueden la trasgresión. Se trata, en términos generales, de espacios conservadores. Familia y escuela pueden educar “para” la libertad, pero difícilmente pueden educar “en” la (plena) libertad, ya que inherentemente son espacios de libertad limitada. Podría decirse que pueden relatar la teoría de la libertad, pero difícilmente pueden ofrecer la práctica plena de la libertad. Ello hace que sean insuficientes para **educar ciudadanía libre y responsable**. Sólo la práctica real de la libertad es la que hace a las personas verdaderamente responsables. Los entornos de baja libertad, como el ejército, no educan en la responsabilidad, si no que más bien eximen de ella, como sucede con la no responsabilidad penal de militares por causa de “obediencia debida”.

Ciudad, libertad y responsabilidad.

La tesis que se propone es que la educación en la libertad y, por lo tanto, en la responsabilidad y en el civismo, sólo puede completarse en entornos de baja previsibilidad, en entornos de baja regulación o de bajo control de la regulación. La ciudad es este entorno por excelencia. De ahí **la importancia de contemplar la ciudad y el barrio como entorno educador**. Antes de entrar en este tema resultará interesante dar un vistazo al otro gran entorno educador de baja previsibilidad: los medios audiovisuales.

4.- El caso de los medios audiovisuales.

La previsibilidad de los medios audiovisuales, especialmente en la era digital con un rol cada vez más creciente de internet, presenta sus claroscuros.

Cine, héroes y mitos.

La radio y el cine fueron para jóvenes y adultos de mediados del siglo XX una fuente de novedades imprevistas y de sorpresas continuas. En las pantallas de cine se descubrían comportamientos relacionales (culturales) entre personas, así como comportamientos socio-institucionales, nunca antes imaginados por los espectadores. Desde las relaciones amorosas con formas exóticas de seducción o de expresión sentimental, hasta dar a conocer con mayor detalle el sistema judicial norteamericano (filmes de juicios con tribunal) que el del propio país. El cine fue sin duda el mayor creador de héroes y mitos jamás inventado. Héroes y mitos cargados de valores de comportamiento socio-relacional que las neuronas espejo individuales y sus equivalentes sociales, se encargaron de replicar. Es decir, valores que fueron penetrando en sociedades distantes con culturas bien diferentes.

Televisión y propaganda ideológica.

La televisión resultó en un crecimiento exponencial por lo que a la transmisión de valores se refiere en la medida que penetró en cada hogar y alcanzó los puntos más remotos del planeta. Aunque sin una frontera precisa podríamos distinguir entre **información**, que a primera vista podría ser bastante neutra en cuanto a valores, **ficción y entretenimiento** que inherentemente están montados sobre algún constructo cultural y por tanto inevitablemente incluyen un sistema de valores, y **publicidad** que utiliza los valores de comportamiento, especialmente los relativos al prestigio social, como materia prima básica para elaborar sus concentradas píldoras de dictados consumistas. No cabe duda de que la publicidad televisiva tiene un impacto tremendo en el fortalecimiento y la evolución de determinados valores sociales plasmados en normas de comportamiento deseables para los vendedores. Al publicitar un automóvil, un perfume o un aparato de aire acondicionado, no sólo se venden productos industriales, sino que se colabora a construir y fortalecer unos determinados modelos de prestigio social en base a héroes (de ahí los famosos contratados en publicidad) y símbolos, es decir, se hace verdadera propaganda ideológica. Aun en la componente informativa, que como ya se ha dicho podría ser bastante neutra, en la medida en que los noticiarios se montan sobre una selección intencionada, manipulada y sesgada de los millones de imágenes disponibles procedentes de cualquier rincón del planeta, las noticias de la televisión resultan, en la práctica, también una potente máquina de propaganda ideológica. En este ámbito específico de la información, la potencia de la televisión actual deriva del atractivo que genera su fulgurante actualidad, lo que es lo mismo que decir, de su elevada imprevisibilidad.

Pasividad.

Desde otra perspectiva, el medio televisivo, a diferencia de la lectura que exige una actitud pro-activa del lector (desde la inevitable selección del libro o del texto, hasta el control de la velocidad de lectura) y aun a pesar de la amplia disponibilidad de canales, genera en el espectador una actitud esencialmente pasiva. Es el “gran hermano”, son los directivos de la cadena televisiva, quienes deciden que es lo que el pueblo debe ver. Cabe destacar que esta **pasividad**, ya de por sí es un valor (positivo para unos y negativo para otros).

Pro-actividad.

La pasividad de la televisión no es compartida con el último medio audiovisual de la nueva era digital. Internet está siendo el protagonista de los cambios culturales actuales en el mundo. Tiene un enorme potencial como acceso al aprendizaje y adquisición de nuevos conocimientos, es una gran herramienta relacional-democrática ya que “todos se pueden relacionar con todos” con escasísimos controles externos, con lo que la red tampoco es neutra en relación a la conformación y evolución de valores y de comportamientos relacionales. Navegar por internet es navegar por el ancho mundo, por lo que, de nuevo se trata de un medio de comunicación de gran incertidumbre, realmente poco regulado y mínimamente controlado. Un adolescente puede encontrar de todo en internet. Puede encontrarlo por casualidad, pero normalmente encuentra lo que más o menos está buscando, ya sea por intuición, ya sea porque le fue sugerido o recomendado. Sin duda alguna, como valores básicos, internet fomenta **libertad individual** (de navegación) y **pro-actividad** en la búsqueda.

De lo virtual a lo real.

Los grados de libertad y de imprevisibilidad del entorno audiovisual, sin embargo, padecen de una limitación tan obvia que no puede ser olvidada, simplemente son sólo virtuales. Se trata de experiencias mentales, sin duda importantes, pero sólo mentales. Un/a adolescente frente a su computador, navegando libremente por internet puede acceder a multitud de experiencias diferentes y nuevas, pero que están básicamente bajo su control. Cuando se cansa o le desagradan, desconecta y continúa tan feliz en el confort de su habitación. No tiene que negociar con otros sujetos. No deja de estar en un mundo ficticio. No está del todo en la vida real¹¹. La experiencia es completamente distinta cuando los vecinos ponen la música a todo volumen y le molestan, pues no los puede desconectar, sino que inevitablemente tiene que afrontar el conflicto, tiene que “negociar” con ellos o tiene que someterse conformadamente a su ruido. Igualmente, un/a adolescente frente a su computador tiene amplias posibilidades de relacionarse con otras personas, lo que le aporta un amplio abanico de posibilidades de colaboración y de interacción, pero la experiencia es esencialmente distinta a jugar un partido de fútbol con las amistades, donde cuando uno se tuerce el tobillo hay que detener el juego y asistirle. Resulta evidente que el entorno virtual fomenta el **individualismo** (insolidario) y prepara poco a las personas para el conflicto o la colaboración reales. La ciudad, donde el vecino molesta con su ruido o donde se juega el partido en la cancha del barrio, es verdaderamente el espacio real e imprevisible del conflicto y de la potencial colaboración. Es donde se da plenamente y de forma abierta la interacción social. Obviamente, las normas¹² que regulan esta interacción en la libertad y en la imprevisibilidad, se basan en los valores que son adquiridos en la educación.

5.- La ciudad.

La **ciudad** es el espacio real de la diversidad y de la continua novedad. En la ciudad la gente se topa a diario con lo desconocido, con lo diferente, con lo nuevo. La ciudad es el lugar del intercambio sorprendente, de lo imprevisto y, sobre todo de la complementariedad y de las posibilidades de colaboración para hacer cosas nuevas. En la ciudad se dan simultáneamente el conflicto y la colaboración. Es el espacio donde por excelencia mejor se puede dar la acción colectiva. La propia ciudad, por definición, es acción colectiva. Por ello la componente educativa que aporta la ciudad es esencialmente distinta de las componentes que pueden aportar los demás entornos.

Lo urbano y lo rural.

A pesar de lo rancio del término, podemos recordar el viejo concepto de “urbanidad”. Es evidente que el origen de este término tiene que ver con la contraposición rural-urbano. En la diversidad y en la densidad es donde radica la diferencia entre lo urbano y lo rural. El mundo rural es un espacio esencialmente uniforme donde las ideas y las novedades circulan lentamente, hay poco contraste de actitudes y dominan las repeticiones de lo mismo; mientras que la ciudad es el espacio del contraste y de la innovación. Para

¹¹ Hay indicios preocupantes de la dificultad en discernir entre espacios reales y virtuales, éste sería el caso del niño que, al asistir por primera vez un partido de fútbol en un estadio, pregunta porqué no repetían el gol, o el caso del menor rescatado en un accidente aéreo que pregunta a los bomberos ¿cuando se acaba esta película?, en el fondo el niño horrorizado sólo quería “cambiar de canal”.

¹² Normas que son de hecho “instituciones” (formales e informales) que regulan el comportamiento social.

actuar con éxito en la ciudad, las personas precisan de un paquete específico de valores, de guías de comportamiento, diferentes de las rurales.

Ciudad es cambio.

En este sentido, nótese que la ciudad, al ser el espacio de la innovación y el cambio, hace de las culturas unos *softwares mentales colectivos* dinámicos. Las culturas no son estáticas, sino que evolucionan, y es evidente que evolucionan mucho más rápido en la ciudad que en medios rurales o de baja densidad. La ciudad educa en esta evolución, educa en la comprensión y la aceptación del cambio, y la forma en que lo hace no es neutra. La ciudad, lejos de ser un espacio conservador, prepara para la innovación y el cambio.

Ciudad es espacio público.

Cada ciudad educa a su ciudadanía de forma distinta, y lo puede hacer en el miedo y en la agresividad o lo puede hacer en el respeto y en la colaboración. La concepción del espacio público urbano, no sólo calles y plazas, si no también de los equipamientos y edificios públicos, el uso que del mismo se hace o se puede hacer, su simbolismo, su significado, impactan seriamente en la función educadora de la ciudad.

Ciudad, muchas reglas y escaso control.

La ciudad es el lugar donde los humanos vivimos muy apretados, muy cerca unos de otros. La ciudad, por lo tanto, es un lugar de fricciones. Es por ello que la ciudad necesita de muchas regulaciones, de muchas **normas de comportamiento**, de mucha urbanidad. Pero paradójicamente, este espacio tan regulado, o tan precisado de regulación, es al mismo tiempo un espacio muy poco controlado. La ciudad no está controlada por la policía, no tenemos (ni necesitamos) un policía en cada esquina, la ciudad está esencialmente controlada por las normas urbanas de comportamiento, y éstas se rigen en base a valores adquiridos en el proceso educativo.

Ciudad, libertad y anonimato.

La ciudad, especialmente las grandes ciudades, son también el gran espacio de la libertad individual. Libertad en el anonimato. El anonimato urbano desamorra a la gente de la coerción social inmediata, lo que permite experimentar comportamientos nuevos sin temor al qué dirán. En la ciudad se puede hacer de todo, se puede comer, se puede ir a un concierto, se pueden hacer negocios, se puede ir a un prostíbulo, hasta se puede uno pasear disfrazado de Conde Drácula sin que nadie le agreda o le moleste. El adolescente, así como el adulto, lanzados a la gran ciudad descubre tantas o más posibilidades de navegar que por internet, siendo además esta navegación física y real, con amplio abanico de dificultades y oportunidades. Sólo la experiencia real y en positivo de esta libertad puede producir ciudadanía responsable.

Ciudad, espacio educador.

No cabe la menor duda de que hay ciertos aspectos de la educación necesaria para una sana convivencia que sólo los puede aportar el entorno urbano. **La ciudad es siempre una “ciudad educadora”**. En consecuencia, nada de lo que hace o deja de hacer el

Gobierno de la Ciudad resulta educativamente neutro. Nada de lo que hacen o dejan de hacer los diversos actores urbanos resulta educativamente neutro. Y si se quiere ser “buen educador”, se trata de tomar consciencia de esta inexorable función educadora de todos los que convivimos en la ciudad. Se trata de analizar y descubrir todas las facetas educadoras difusas, permanentes y continuas que campean por la ciudad. Se trata de analizar todas las facetas educadoras explícitas, pero también y sobre todo, de **descubrir las que son implícitas**, las que no son evidentes a primera vista. De otra forma será imposible influir positivamente en ellas. Esta toma de consciencia es uno de los primeros pasos a dar por los gobiernos locales comprometidos en la buena convivencia ciudadana. El segundo será transmitir esta consciencia al resto de los actores que interactúan en la vida urbana. El objetivo a alcanzar será conseguir un espacio público urbano que facilite el encuentro para el intercambio en confianza entre personas y grupos que **no se conocen, pero que se reconocen como ciudadanos/as** y que se respetan porque saben valorar las diferencias de los demás.

Tomar consciencia de los múltiples potenciales educadores (o *deseducadores*) de la ciudad y, de forma especial, descubrir los procesos educadores implícitos (no conscientes) de las diversas políticas urbanas practicadas, es el principal objetivo de los seminarios “**Ciudad Educadora y Gobernanza Local**” organizados por la AICE.

Hay un dicho africano que a menudo nos recuerda Joan Manuel del Pozo,

**“para curar un niño se necesita un curandero,
para educarlo se necesita la tribu entera”**

La educación en la ciudad es cuestión de todos, nada de lo que acontece, nada de lo que se hace en la ciudad, es educativamente indiferente.

Josep Centelles i Portella
Itapuã, junio 2010.